

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular* y *Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 40 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular* y *Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISOS.

Museo: Terminada ya la reimpression del tomo primero del **Museo de las Familias** perteneciente á 1845, los señores suscritores de Madrid que lo tienen pedido pueden pasar cuando gusten á recogerlo al despacho de la calle del Príncipe; á los de provincia se les ha remitido por los últimos correos de la semana anterior. También hay encuadernados para la venta tomos segundos del mismo periódico. El número perteneciente al mes de enero, cuya repartición se ha retrasado por causa de la saturación, se distribuirá sin falta en toda la próxima semana.

Biblioteca Popular. Habiéndose ya concluido la impresión del **Manual de Historia Romana**, que hace 50 pliegos, y de las novelas la **Maga de la Montaña** por Walter Scott y **Juana Lewardeen** por E. Berthoud, que entre las dos forman un tomo de 23 pliegos, suplicamos á nuestros correspondientes que no han remitido aun las listas de suscritores á estas obras, les envien al momento para que no sufra retraso la distribución.

Han principiado ya á repartirse por pliegos en Madrid, las **Obras festivas de Quevedo**, y el **Manual de Mitología**, por don Patricio de la Escosura. Para esta última obra daremos 50 grabados aparte del texto, en el ínfimo precio de 6 rs. á los que quieran recibirlos. Seguirá la **Historia de la Revolución Francesa** por Thiers.

Se ha concluido de remitir ya el **Estebanillo Gonzalez** á todos los suscritores á la **Biblioteca**, que deben recibirlo gratis con arreglo á las bases del segundo prospecto, por haberse suscrito desde el pliego primero de la **Semana Santa** ó del **Quijote**, ó por haber tomado todas las obras publicadas hasta el 31 de diciembre último. Los que no se hallen en este caso no tienen derecho á recibirlo, y la empresa que se propone cumplir religiosamente los compromisos que contrae con el público, no hará nunca excepciones en favor de los que no llenen las condiciones de los prospectos. Las ventajas que ofrecemos son y serán siempre en favor de los suscritores constantes.

Está para terminarse también la repartición del **señor de Bembibre** con láminas, retrasada por causa de la encuadernación, según ya manifestamos.

FRANCISCA

O LA NOCHE DE BODAS.



Francisca, hija querida, escucha las súplicas de tu madre para salvar su vida, y aun mas que su vida, el honor y la dignidad del nombre de tu padre; atiende mis ruegos para restablecer en todo su brillo los timbres de nuestra casa. Ya sabes que nuestra fortuna, ha mas de un año sucumbió en el fraudulento desastre de un banquero americano, y que nada mas nos queda de nuestra pasada opulencia, que este palacio de Nápoles que no podremos conservar mucho tiempo. Cada día que pasa se profundiza mas el abismo de nuestra ruina, y sería completa sin ti, mi Francisca, mi querida hija; Dios te ha dotado de gracias y virtudes nada vulgares, sin duda para que sirvas de puerto bienhechor en el naufragio que corremos; ¡sin ti moriríamos sumidos en la miseria y aflicción.

La marquesa de X... derramaba abundantes lágrimas al mismo tiempo que abrazaba á su hija y que se espresaba con ella en estos términos, fijando su mirada con tímida ansiedad en Francisca para leer en sus ojos, si permitiría confiarla sus proyectos; sin sufrir una resuelta negativa ó sin esponerse á arrancar un consentimiento doloroso.

Francisca que era aun demasiado ligera y superficial, como niña, para detenerse á conjeturar con seriedad, contestó al punto con sencillez, aunque algun tanto sobre sí:

—Que puedo yo madre mia para eso que decís, como no sea amaros siempre, velar incansantemente á vuestro lado y procurar con todos mis esfuerzos dntificar los rigores de la suerte, participando en vuestra compañía con alegría y resignación! Ah! si estuviera en mi mano restituir á nuestra casa un brillo que nunca...

—En tu mano está, hija mia, replicó su madre interrumpiendo á la jóven: una sola palabra que proferan tus labios nos arrancaría de las garras horribles de la miseria; pero esta palabra, es la vida entera.....

—Hablad, madre, dijo Francisca sobrecogida de temor.

—Bien, si así lo quieres, nada te ocultaré, replicó la marquesa; nuestro buen amigo el baron de Garden, aunque hace poco tiempo que te conoce,

nos ha podido tu mano; su fortuna inmensa garantiza la reparacion de nuestros reveses, y si consientes fijar á nuestro lado su residencia, en España tu patria, ó aqui en Italia si te agrada mas.

—Rasta, os comprendo madre, murmuró Francisca con acento ahogado; permitid que lo piense un poco, concededme veinte y cuatro horas siquiera, para irme acostumbrando á una idea, á un proyecto que me ha sorprendido de veras.

—Ah! piensa solo hija mia en tu padre, que no obstante las privaciones á que estamos sometidos no le será posible atender por mucho mas tiempo, á las mas indispensables necesidades..... piensa en el honor de tu familia, en la dignidad de su nombre y no te olvides del baron de Gáden á quien aun...

—Ah! madre, dijo Francisca, reteniendo sus lágrimas, pensaré en mi padre y en vos, procurando olvidarme de todo lo demás. Dentro del término de veinte y cuatro horas, os daré mi respuesta. Dadme ahora vuestra bendicion porque necesito de mucho valor para pronunciar un sí, y mucho mas si yo.....

—No acabes, hija mia; replicó la marquesa levantándose. A tu edad el corazon no ha despertado de los sueños de la infancia; el tuyo aun no ha hablado, Francisca; todo lo puede tu voluntad.

La jóven no respondió nada; echóse en brazos de su madre que la retuvo en ellos largo espacio de tiempo, y salió en seguida del gabinete sin pronunciar una palabra mas, pero dirigiéndola miradas que repetian la efusion de su tierno abrazo.

—Emilia! Emilia! exclamó Francisca cayendo de rodillas cuando quedó sola; mi pobre Emilia!

Su madre se engañaba; el corazon de la pobre jóven hacia tiempo que la hablaba, y no era esta la mejor ocasion de hacerle callar; los parientes no son los intérpretes mas fieles de sus acentos, porque jamás escuchan: creen que los hijos estan siempre en la edad de sets años... y por lo que toca á nuestra Francisca tenia diez y sets, y el amor era el sol de su vida, porque era española.

Diremos ahora algo de la catastrofe que ocasionó la ruina de su familia y de lo que siguió despues:

Vivia el marques de X.... en 1856, en la ciudad de Barcelona, que era su pueblo natal, y donde poseia cuantiosos bienes que le suministraban medios abundantes para sostener una brillante existencia. La marquesa su esposa que conservaba aun muchos atractivos de los que constituyeron la notable belleza de su juventud, era italiana y habia conocido y casádose con el marques, durante un viaje que hizo este por su país; y la jóven Francisca que cumplia á la sazón catorce años, era ya su embara de su corta edad, el objeto de infinitas pretensiones. En las diversas revueltas á que están sometidos los países que recorren algun período de reorganizacion política, no es extraño orrasen tras sí á los hombres, particularmente á

aquellos que sobresalen por su carácter fogoso y fanáticas convicciones; el marques era de estos, y no se sabe como se halló complicado en una conspiracion; habiéndose descubierto, tuvo que emigrar y apresurarse á vender sus fincas, y posesiones, reduciendo á metálico todo lo que poseia para librarlo de un embargo ó confiscacion. Unos cuatro millones de reales próximamente consiguió reunir, y los puso en poder de un tal Schmitt, famoso banquero llegado recientemente á Marsella de Nueva-York, con una reputacion de provida y de fortuna en las especulaciones que le atraian todos los capitales de cincuenta leguas en contorno. Para mayor seguridad no aparecia en nada el nombre del marques en la imposicion del capital, sino que se habia valido de un amigo de toda su confianza, mediando entre ambos, una contra escritura en la que se determinaba cual era el verdadero dueño de aquellos intereses. No iban en mal estado los negocios financieros, porque producian cuantiosos réditos que percibia el marques de su amigo, con la mas escrupulosa exactitud, mientras que si salia con bien de la causa que aunque ausente, se le instrua, estaba en accion de recibir su capital. En efecto no pasaron muchos meses sin recibirse noticias plausibles del estado de la causa; la tempestad se habia deslizado sobre la cabeza del marqués sin tocarle; pero como las satisfacciones nunca son completas en el mundo, al mismo tiempo que se disponia á escribir á su amigo desde Paris donde, á la sazón se hallaba divirtiéndose, para que recibiese sus fondos con objeto de readquirir los bienes que con esta condicion habia vendido, recibió una carta de este en que le participaba habia desaparecido el banquero, alzándose con los cuatro millones y todo lo que habia podido recoger de otros, no dejando mas en Marsella que su retrato colgado del pescuezo con una soga, como merecia estarlo en persona.

Puede juzgarse cual seria la sorpresa del marques y cuan amarga su pena! al punto tomó una resolucion enérgica y pronta; reunió los restos de su pasada fortuna, y se puso en camino para Nápoles, patria de su mujer, que aun poseia un palacio en aquella ciudad. No llevó consigo numerosa comitiva, carruages ostentosos y abultados equipages; partieron solos los esposos con su hija y una jóven doncella de la última edad, y de su misma edad, que se ofreció voluntariamente á participar de los infortunios de aquella familia, viviendo agradecida y contenta fueran los que quisieran los escasos beneficios que esperara, pues que ayudaba á su señorita á ponerse bella. Cuando la familia de X.... puso los pies en el umbral de la puerta del palacio, se apoderó del animo de todos una tristeza y desfallecimiento inconsolables; el aspecto de su noble y rica arquitectura, su régia portada, su escalera embaldosada con mosaicos, sustentada con columnas de marmol y pórtico, y por cariátidas obras maestras del cincel y escoplo italiano, contrastaban de una manera dolorosa con la situacion

cruel de sus poseedores, y despertaba en sus corazones sentimientos insuportables, particularmente cuando meditaban sobre su opulencia, su estado de hoy y el porvenir de mañana precario y funesto que se ofrecía á su consideración. Los pobres emigrados subieron silenciosos por aquella escalera, con los ojos bajos y somerjidos cada uno en las reflexiones á que respectivamente se lanzaba; Francisca se quedó detrás de todos para recrear con libertad sus ojos, contemplando la belleza de aquel monumento, porque el alma y las ideas se elevan y exaltan al reparar en la magnificencia de las paredes esculpidas y en el sublime atrevimiento de las bóvedas. Se acordaba que siendo mucho más niña que ahora, en un viaje á Italia en que acompañó á su padre, habían salido á su encuentro numerosos criados y lacayos vestidos con la librea que adoptaron sus ascendientes, y que todo era animación y alegría en aquella misma escalera, en que ahora al volver sus ojos escitada por estos vagos recuerdos, que aunque confusamente siempre quedan grabados en el corazón de los niños, no descubrió á nadie más que al conserje, figura humana aunque helada por los años, y á su buena amiga, á su fiel doncella Beatriz que arrodillada en una de las primeras gradas, murmuraba sordamente una oración á la Virgen y á todos los ángeles, para que la fortuna y la alegría regresasen con su cara risueña á vivificar aquel palacio mudo y desierto.

Un año hacía que encerraban su existencia con las más grandes escaseces en medio de aquel lujoso palacio, y sin embargo en este período de tiempo se habían cumplido sucesos que debían influir poderosamente en el destino de aquella desventurada familia. El banquero Schmitt había sido sentenciado aunque en ausencia y rebeldía, á encierro perpétuo; el amigo del marqués había succumbido de pena y de fatiga, corriendo inútilmente tras del malvado especulador que cuidó mucho el horror las huellas de sus pasos... y Francisca el día mismo en que cumplió el año diez y seis de su vida había encontrado en la iglesia á Emilio Baldi, y había creído ver en él el ángel que velaba en su guarda, orando á su lado. Este era un joven florentino cuya alma rebosaba amor y poesía, y viagero por inclinación, aventurero por carácter, había disipado en recorrer la Alemania, la Inglaterra y Francia una parte considerable de la legítima que debía poseer algún día. Continuaba el curso de sus viajes y meditaba ir á Malta, visitar la Grecia, Asia y que sé yo?... pero no, ya no quería ninguna de estas cosas, sus ideas habían hecho rumbo hacia otro puerto menos incierto; ya no quería ni ambicionaba más que la posesión de su Francisca. Una mirada de la encantadora niña, bastó para trastornar sus proyectos, y por fin estaba á punto de ver realizadas todas sus utopías de amor y poesía. Pasaba el enamorado mancebo las noches pensando en su amada y componiendo sonetos en alabanza de su hermosura; estos sonetos constituían la delicia

de Francisca que se creía á nueva Laura de otro Petrarca; era un anillo más á esa gloriosa cadena de los bellos y cantos amores de los poetas! La ambición de sus sueños avanza mucho sin reparar en los obstáculos y desgracias que suceden generalmente á los dulces pasatiempos que produce la imaginación! El corazón de la pobre niña era ya presa de tan funesta experiencia! Emilio no tenía aun veinte años, no era dueño aun de sus acciones y de su fortuna, y su padre, disgustado ya con las excesivas disipaciones de su hijo, no estaría probablemente dispuesto á una alianza sin riqueza, á casar la ruina con la disipación. Así pensaban los dos jóvenes y no les faltaba motivo para ello; y apesar de todo, á medida que se alejaba la esperanza de un porvenir venturoso, acrecentábase la intensidad de su amor; cuando conseguirían ver realizados sus sueños? quién podía determinarlos? Francisca no salía nunca á la calle sino en compañía de su madre; pero alguna vez dormía la marquesa en el sermón, y entonces puede asegurarse sin temor de equivocación que la niña no escuchaba los acentos del predicador. De todas suertes fuera de esto lo que quisiera, es la verdad que un día regreso de la iglesia á su casa con un papel que apretaba en sus manos, y en el que había escritas y casi borradas por las lágrimas, las palabras siguientes:

«En este momento, señorita, marchó á Florencia como os lo tenía anunciado, á echarme á los pies de mi padre para que permita ofrecer á los vuestros la fortuna que fué de mi madre; débil recompensa en cambio de nuestro corazón! Quizás os callique de loca una pasión que me guía al justo camino de la vida, y... cualquiera que sea el resultado que alcancéis mi empeño, conservad vuestra libertad hasta el primer día que alcance yo la mía, porque tanto conocido os debe ser el uso que haré de ella. Además de que, sabéis cuán dulce es decirse: hay en el mundo un hombre cuyo pensamiento se ha fijado en mí sola, y cuya voluntad poderosa, enamorada y decidida atropellará por todo con tal de aspirar al momento en que su vida se confunda con la mía, para llamarme hasta el fin de su existencia su ídolo y divinidad! Decid, sabéis cuán lisonjera es esta seguridad? Oh! quién podrá saberla mejor que mi adorada Francisca? Adios, hermosa esperanza de mis amores, fero cierto de mi felicidad, término dichoso de mi ambición, adios; mi ausencia será corta... y después las delicias y el amor eterno.

TE EMILIO.

Esta ausencia, el billete que encerraba tan ardientes promesas, el porvenir tan proceloso é incierto que á pesar suyo presentaba; aquella muestra primera de amorosa de confianza que se insistía en la postrer palabra: Tu Emilio; y que repetíamos querer cien veces los labios de la joven, produjeron en su alma tan opuestas y violentas emociones que hubieran dado con ella en tierra; sino tomara la resolución de subir á la terraza que daba vista al mar, para respirar un aire más puro y que ten-

plase el ardor de su frente, y para confiar á los vientos en cuyas alas caminaba su amante, mil repetidos juramentos de inalterable constancia; mil votos insensatos.... En seguida guardando su preciosa misiva en el seno, y sus lágrimas en el corazón, bajó al gabinete con un bastidorecillo de hordar en la mano, á cuya labor se entregó preocupadamente sentada al lado de su madre. Algunos minutos despues hizose anunciar el baron de Garden, hombre de unos cuarenta y cinco años, gordo, de elevada estatura, vestido de paño azul en su primer lustre, adornado con muchos diges, relumbrones y cadenas de oro que se cruzaban á merced de mil estudiados enganches en los botones y ojales del chaleco; de fisonomía satisfecha y risueña, luciendo su opulencia en una caja para tabaco que valia seis mil reales, siempre abierta á disposicion del que queria profundizar sus dedos en aquel alismo de rapé; en fin era uno de esos buenos y rollizos alemanes, colorado y con cara de apóstol, que inspiran confianza desde el momento primero que se los trata, y que se sorben de una vez, con la poderosa aspiracion de sus pulmones, todo el azoe de un saito de cincuenta pias cuadrados. Corta fue esta vez la visita del mencionado señor, habló poco, estuvo amable y complacido, y se despidió suplicando le concedieran permiso para volver á disfrutar de la sociedad de la señora marquesa y de su encantadora nieta.

Hacia solo tres semanas que habia llegado el baron á Nápoles, logrando distinguirse por el lujo que ostentaba. Se ignoraba de donde habia venido ni lo que habia, y solamente era conocido y reputado de hombre rico, y por lo tanto bien admitido con sola esta recomendacion en todas las casas lustras de la ciudad. Asi es como de relacion en relacion habia logrado introducirse en casa del marqués de X..... donde le llamaba un interesado proyecto. Rico ya no tenia otra ambicion que la de aliarse á una familia de ilustre alcurnia y desposeida de riquezas, con objeto de hacer la felicidad de alguna joven señorita, reparando de esta manera las injusticias de la suerte. Anuncióse de este modo en el país, y no le faltaban partidarios aristocráticos, pero él habia visto á Francisca y su eleccion estaba ya determinada. Sin duda que aquel abultado baron se habia enamorado perdidamente, quizás por la primera vez de su vida, seguramente por la última; no ignoraba el mal estado de la casa del marqués de X, aunque sí las causas y circunstancias, porque era cosa que no habia confiado á nadie; hay penas demasiado vivas para lamentadas; llagas harto profundas para llegar á ellas con los dedos! y así como el baron no hacia alarde del origen de su fortuna, de la misma manera respetaba el secreto de la desgracia. Fijo ya nuestro aleman en el objeto de sus pretensiones, acudió al dia siguiente de esta primera visita á ofrecerle por yerno del marqués proponiéndole reconocer por esposa del contrato matrimonial, dos millones de reales que habia aceptar como dote de la señorita, independientemente

de los considerables bienes de que habia donacion á su futura.

Los padres de Francisca pensaban estar soñando y creyeron perder la cabeza de alegría, al escuchar una proposicion que les curaba de todos sus reveses. Al momento escribieron á algunas personas respetables que les indicó el mismo baron, pidiendo informes y noticias de su persona que llegaron á vuelta de correo, tan excelentes como pudieran desear. A mas la conducta del baron en Nápoles hablaba en favor suyo mejor que todo lo que pudiera decirse en su elogio, y en este concepto todo quedó resuelto y convenido respecto á intereses, sin que faltase nada mas ya que el consentimiento de Francisca. No dudaban un punto de él, porque decian; qué mayor felicidad puede esperar? Los parientes no ven jamás otra cosa en el matrimonio que el contrato, desconocen el poderio del amor, ignoran ó no se acuerdan de su magia; sin remordimiento, sin pena y creyendo obrar bien; mezclan la cerveza con el nectar de Malvasia; pero qué les importa? como ellos no han de gustar el horrible brevage. Los más entos, cuando han escogido un yerno lo más que hacen, tratan de asegurarse de que su hija no le profesa marcada antipatia, y se cumple la medida de satisfaccion cuando la pobre nieta, si en su corazón no ha herido ningún hombre la cuerda de las pasiones, no desista al que le destinan; como si la mujer hubiera sido creada únicamente para no aborrecer á su marido; como si la cosa más agradable de la vida no se convirtiese en el más tormentoso suplicio, cuando no se la profesa inclinacion, como si el amor destruido de los enlaces, no hubiera de aparecer más tarde bajo la máscara de una figura estraña y muchas veces terribles!.... Y hay buenas madres que lancen sus hijas fuera del paraíso terrestre... ó del otro paraíso! porque sin pensarlo, sin concebirlo siquiera, quizás arrojan en estas espantosas alternativas, en este imparable dilema, á jóvenes que quisieran contemplar coronadas de gloria y felicidad.

Tal era la marquesa de X.... tal sacrificio exigió á su hija el dia en que sostubo con ella la escena con cuya relacion comienza esta historia. Sabia muy bien, porque los ojos bastan para conocerlo, que no habia inspirado el baron á Francisca el menor sintoma amoroso, y tronchaba atrevidamente, de un golpe el árbol de su felicidad, privandola del amor de su vida, la misma que no queria privarla de riquezas.

Para anudar el curso de las ideas recordará el lector que la pobre nieta habia pedido á su madre, el espacio de veinte y cuatro horas para reflexionar, y participarla su decision. En este tiempo tan corto, su corazón habia sufrido una eternidad de suplicios, sin poder desviar su imaginacion de un precioso círculo de incertidumbres. Sin cesar se repetia: «Yo no puedo disponer de mi alma, que no es mia, es de Emilio, y no puedo retirársela sin crimen y remordimiento,» por otra parte, mi padre espera pendiente de mi habito que pronuncie la

sentencia que ha de devolverle su fortuna ó arrojarle en el abismo de la miseria; que ha de lanzarle a la gloria ó a la desesperacion; y he de ser yo misma quien le diga: vivid indigente y envilecido!... Y si por no decirlo muriere Emilio?... sí, morirá de pena!... Qué hacer Dios mío! mi padre me resquebraja al aspirar!... Ah Emilio! porque te habrás ausentado? la ausencia no es útil para nada; si estuvieras aquí ahora te diría: manda! y obedecería tus inspiraciones; huíría contigo hasta el cabo de la tierra, ó bien en brazos uno del otro, resistiríamos hasta el heroísmo que nos separasen, pero sola, abandonada á mi misma, ignorante de lo que en tan apurado trance resolvería tu enamorado corazón; qué va á ser de mí? que puedo yo decidir?... Yo he de pronunciar la sentencia que ha de dar la muerte á Emilio, ó á mi padre?... Ah! qué idea tan horrible!

Treinta horas hacía que navegaba el alma de Francisca en este tormentoso piélago, cuando al cabo de ellas, vino el marqués á su cuarto donde había permanecido todo este tiempo encerrada. Al divisarla joven, experimentó una penosa conmoción, porque estaba su frente tan triste y sombría, era tan incierto su paso y su mirada tan dolorida y significadora, que acordándose solo de que era su hija, echó los brazos al cuello, exclamando: —Tomad mi corazón, mi mano, mi vida, todo os pertenece, sea todo según cumpla mejor á vuestra voluntad!

Lágrimas encontraron aun que verter los deseados ojos del marqués para testificar su felicidad y agradecimiento, y Francisca sintió descender á su alma un santo éxtasis que ningún lenguaje humano puede expresar. Le parecía haber restituido á su padre el ser que la había dado, y cuando apareció la marquesa llamada por su marido, ambos en defecto de las palabras que robaba su alegría, colmaron de caricias á su ángel salvador.

Era el 10 de junio del año de 1838 cuando esto ocurría, y cuando se determinó para semejante día del mes siguiente, la celebracion del matrimonio del baron de Garden con la joven Francisca. En este intermedio escribió la enamorada doncella á su amante el siguiente billete, que echó al correo ella misma con otras cartas de su madre, aprovechando la ocasion que se le ofreció con motivo de acompañarla á efectuar algunas compras.

«Emilio, mi Emilio... seame fiado daros aun una vez este cariñoso dictado... y después para vuestra Francisca la muerte! Es preciso salvar la vida de mi padre aunque sea á costa de la mía; antes de un mes será la esposa del baron de Garden... en una palabra, si Dios accede á mis supplicas, en el cielo os espero para las bodas eternas! Vivid vos entretanto, yo os lo ordeno, vivid grande por el genio, y que vuestra gloria me consuele en el paraíso del amor á que renuncié en la tierra... Mi corazón se desgarró sufriendo... A Dios!»

Todos los días concurría el baron á casa del

marqués, y la joven miraba con terror el abismo de su sacrificio; no tenía necesidad para desagraviarle este hombre del contraste con Emilio: le parecía descubrir un no sé qué inexplicable de falsedad y de inquietud, bajo su tranquila jovialidad, y á pesar de la sonrisa que incesantemente brillaba en sus labios, y que sin embargo no creía en armonía con sus miradas. Su conversacion le parecía pobre, sus galanteos vulgares, y sus sentimientos y sus maneras disfrazados; así es que el alma de Francisca desfallecía como la de un vencedor herido que compra la victoria á precio de su vida.

Amaneció el día designado para la ceremonia, tempestuoso y siniestro. Los estampidos del trueno acompañaron á los novios a la iglesia y con el mismo concierto volvieron al palacio, no cesando tampoco mientras poblaron los aires, los brindis del banquete nupcial. Francisca había exigido que asistieran á él solamente los convidados mas indispensables y que no se celebrase después ningún otro género de fiesta. Terminada la comida, prestó que la tempestad y el calor la tenían muy fatigada, y pidió permiso para retirarse á su cuarto á descansar, hasta la noche. Su madre quiso acompañarla hasta dejarla en su habitación, mientras que el marqués recibía la dote de manos del baron que por su parte besó la casta frente de la joven, diciendola:

—Retiraos si os place, mi bella Francisca, y descansad hasta bien entrada la noche que yo volveré.

Media hora después sabió el marqués al cuarto de su hija, y la entregó los dos millones en billetes del banco de Nápoles.

Guardádos, padre, contestó ella, y recobrad los bienes de nuestra familia.

—Si, hija mía: desde luego pensaba cuál sería tu respuesta, y ya hemos hablado tu marido y yo acerca de lo mismo, y está conforme con nuestros deseos. El baron es todo un caballero y te ama... con idolatría! Estará como una alma en pena durante estas horas de retiro que te has impuesto; para engañar el tiempo ha montado en el coche con objeto de pasear y recorrer los almancenones de la ciudad... pero ahora descansa, tú madre y yo nos retiramos, y si en haciéndose noche sientes pasos en la escalera, no te admires, serán los de tu marido que vendrá á verte.

—Y yo le acompañaré, añadió su madre. A Dios hija mía; bendigáte la Virgen santa como nosotros te bendecimos.

Quedó sola Francisca que era todo cuanto deseaba en aquel momento, y se dirigió á una cómoda de la que sacó una cajita llena de papeles con objeto de repasarlos, y leer aun una última vez la carta y los sonetos que la componía Emilio, para contemplar aun aquella vida de amor escrita con palabras de fuego. Dos horas hacía que estaba sumergida en las reflexiones que le suministraban su dolorosa tarea, cuando vino á inter-

rumpir su delicioso somambulismo, un gran tumulto de gritos lejanos y amenazadores; ahullidos de la muchedumbre que resonaban como un coro infernal. Francisca llamó a Beatriz, su gentil y donosa camarera y la ordenó se informase de que provenía y que significaba aquel estrepito. Al mismo tiempo abrió la ventana, comenzaba ya a oscurecer y después de un día entero de tormenta y nubarrones, habíase despejado la atmósfera, el cielo recobrado su serenidad y las estrellas con su brillo, bordaban con esmaltes blancos y rojos el azulado firmamento. Entretanto crecía el tumulto y Beatriz volaba como un pájaro según los deseos de su ama, para enterarse de la causa que lo producía. Francisca no podía distinguir otra cosa que confusa gritería; pero entonces deseaba lo mismo que en otra cualquiera ocasión le hubiera espantado; se exageraba las proporciones de aquel rumor hasta imaginarse si ocurriría un trastorno general, en el que pudiera quizás romperse las cadenas que la oprimían, y cambiarse los destinos. Un corazón quebrantado y en revolución, quisiera la de un imperio; no sabe lo que pide ni lo que quiere; pero todo cambio le hace fermentar una esperanza, y sobre todo, si después la máquina del mundo se desplomase sobre su desgracia, tanto mejor!... Beatriz regresó. Ah! no era una revolución ni cosa que lo pareciera, todo se reducía según el resultado de los pormenores que habla escuchado referir á un jóven recientemente llegado á Nápoles, que había reconocido en un café á un gran ladrón que se buscaba hacía mucho tiempo, que en cuanto lo divisó le había asido del cuello, que á consecuencia se había promovido una pendencia y grande alboroto, que todos calificaban de impostor al jóven, pero que él sin soltarlo gritaba que los llevasen á los dos ante un juez; que el pueblo había tomado parte; pero que últimamente intervino la fuerza armada y que se los habían llevado arrestados para ventilar la cuestión en la superintendencia de policía. Por lo demás añadió la camarera, la señora marquesa no ha oído nada, porque aun está durmiendo la siesta y el señor marqués ha salido con otro caballero que ha venido á buscarle al parecer con mucha urgencia, pero.... Santos del cielo, qué triste os veo, mi buena señora!...

—No es nada; déjame sola, Beatriz...

La pobre jóven recayó nuevamente delo alto de sus quimeras ilusiones y esperanzas, á la implacable realidad. No podía ya tardar el barón, por instantes se acercaba el del suplicio.

—«Qué he hecho yo, Dios mío! exclamó llena de angustia...

Ah! un convento, la deshonra misma, es mas preciosa que mi horrible suerte... Que, para siempre unida con ese... No! no! si hay un bñmenco ante el mundo, otro hay ante Dios; el voluntario consorcio de las almas.. Ven, Emilio, van á reclamar tu futura... tu amada, he! siempre en el fondo de su corazón... Cielos! que digo! estoy loca, ana-

dió con amargura al mirar reflejada en un espejo su fresca corona de desposada. Ah! perdóname Dios!... pero alguien sube por la escalera, si; vamos, sonetos armoniosos, carta adorada, llegó vuestra postrer hora; volved á esta caja discreta como la tumba y de la que solo yo levantaré la losa en mis nocturnas veladas.... pero ya llegan, están aquí, fatal momento... será mi marido!... yo muero!...

Cayó sobre un sillón, con el codo apoyado en la mesa que sustentaba la preciosa cajita; y con la mirada fija á inmóvil en la puerta, mostrando en su rostro la palidez del mármol, parecia cubierta con el vélo de desposada y la corona de rosas blancas, una vírgen difunta incorporada en su féretro para que la admirasen aun una última vez. La puerta se abrió.

Francisca! mi Francisca! gritó desde lejos Emilio viniendo á echarse á los pies de su amada y cubriendo de besos y lágrimas sus manos. No, él no podía ser tu marido, y tu aun puedes ser mi mujer!

—Si, si, he aquí, el que nos ha salvado á todos, exclamó la marquesa entrando con algunos amigos en el aposento de su hija.

Francisca loca de alegría y de placer no escuchaba esplicacion alguna; tenía á su lado á Emilio y esto la bastaba.

El hecho fué que el jóven habla recibido en Florencia la carta de Francisca, cuando se disponía á partir para Nápoles con el consentimiento de su padre que obtuvo por mediacion de una buena tia que hizo una considerable donacion de bienes á su sobrino. Aterrado con la estraña nueva no supo que hacer hasta que decidió correr en busca de Francisca por si llegaba á tiempo... En efecto entró en Nápoles el mismo dia que se celebraba el matrimonio; pero una hora después de la misa, y al conocer lo inútil de su escasa diligencia; desesperado y rodando por su cabeza mil proyectos á cual mas insensatos, se desmayó por fin, rebentado de fatiga en un rincón de una calle. Era de noche y las gentes que pasaban le recogieron y trasladaron á un café. Allí mereció á los socorros que le prodigaron; recobró el sentido y al abrir sus ojos, distinguió entre un grupo de elegantes á un mofetudo señor con todas las apariencias de la prosperidad, y al que sus amigos acompañaban hasta el carruaje le aguardaba á la puerta, Emilio oyó nombrar, *el barón de Garden*, y al punto se lanzó á él como una flecha; mas apenas lo hubo considerado un instante:

—Cómo, exclamó con acento terrible porque milagrosamente habla recobrado todas sus fuerzas, este hombre, el barón de Garden! Señores no es tal, es Schmitt el banquero, el ladrón Schmitt, el sentenciado á encierru perpétuo!... Te acuerdas de mí miserable? Crees escapar de las garras de un amante, lo mismo que de las de la justicia? Yo no te pido ahora los diez mil francos que me robaste en Marsella, por una sola vez que te he visto; pero vuélveme mi tesoro de Nápoles, esa bellísima flor que tu aliento maldito iba á marchitar. Cuan-

REAL PABELLON DE BRIGHTON.

Do estos sociales bandidos son ricos con el fruto de sus robos, buscan, como último tujo la alianza con las gentes de forma.... Señores, este hombre ha muerto ante la ley, su nombre es supuesto y su matrimonio por consiguiente nulo. Ven, infame, ven á que te confunda yo ante los tribunales!) (Inmediatamente se habian destacado algunos amigos á buscar al marques, mientras que la policia se apoderaba de los papeles del supuesto baron, y que aparecía la verdad descubierta tan oportunamente por Emilio, á quien un destino fatal, ó mas bien su feliz estrella, le habia conducido un día á casa de Schnütt, en uno de sus viages por Francia.

El marques no volvió á su casa hasta despues de media noche. «Amigos míos, dijo, con acento trémulo, el mónstruo desenmascarado ya, acaba da morir, se ha envenenado.

Este hombre tan alegre siempre, no dejaba nunca de llevar consigo el accido prúsico, para prevenir todo evento.

La providencia, añadió el marqués, me ha concedido desquite del banquero, y gracias á ella puedo tambien desquitarme con vos... Emilio abrazad á vuestra muger.»

Así es como se cumplió la oracion de Beatriz, y así es como á la hora presente, puede verse un poeta feliz! Decididamente este es el siglo de los fenómenos.



El principe de Gales en 1784 quiso tener un palacio en Brighton, que era su mansion favorita en el verano, é hizo construir uno regular y de modestas apariencias; pero mas tarde desapareció este para reemplazarle con otro verdaderamente régio y suntuoso, y en el que se repartian el gusto arquitectónico, entre el estilo de las terrazas y minaretes turcos; cúpulas chinescas y griegas columnatas; monumento misto considerado artisticamente á imitacion del de Kremlin en Moscou.



Sin embargo, apesar de lo extraño que se ofrece el aspecto de este palacio, no desagrada, porque está en armonía con el estilo meridional de los demás edificios de Brighton, que dan á esta ciudad el aspecto de un pueblo de Oriente trasportado á las orillas del canal de la Mancha.

La ciudad dista solo de Londres unas cincuenta y cuatro millas, que se andan en cinco horas; su figura es cuadrangular, sus calles espaciosas y su población de unos veintemil habitantes en el estado ordinario, y cuarenta mil en la época de los baños.

El pabellon real que representa el grabado que encabeza este artículo, es sin duda el objeto mas notable de Brighton, y el lujo con que se halla atahado, la riqueza de los muebles y las hermosas alamedas que sirven de vestibulo al palacio, están en armonía con la suntuosidad del edificio. Las caballerizas situadas cerca del palacio, son quizas superiores á qualquiera otro establecimiento de su clase, y la cúpula oriental adornada con arabescos de mucho gasto, domina todo el conjunto del edificio.

Los baños de Brighton son los mas concurridos de Inglaterra, y la nueva iglesia construida á la entrada de la ciudad es otro de los edificios que excitan mas la atención del viajero; las fuentes bautismales traen su origen de Normandia, y del tiempo de Guillermo el Conquistador; y tambien posee el mausoleo del capitán Tattersal, comandante del buque que condujo á Carlos II á Francia, despues de la batalla de Worcester. Uno de los paseos de Brighton mas notables por su belleza y concurrencia es el conocido con el nombre de Agujero del Diabolo.

En la estación de las aguas y las flores, es Brighton el punto de reunion del mundo elegante. Jorge IV, victima de una penosa enfermedad en los últimos años de su vida, permaneció constantemente encerrado en Winsor, sin visitar su hermoso pabellon de Brighton. Guillermo IV pasaba en este palacio la mayor parte del año, prestando-le con su presencia la vida, animacion y brillantez que acompaña siempre á las córtes de los reyes.

REVISTA DE LA SEMANA.

La novedad de mas bulto que han ofrecido los teatros es el baile en tres actos titulado *el Diabolo Enamorado*, puesto en escena en el del Circo á beneficio de la Guy-Stephan. El público quedó complacido y aplaudió con entusiasmo á la beneficiada, á quien la primera y segunda noche arrojaron coronas. Es preciso ver á la Guy bailar el paso andaluz para formar una idea de la gracia, coqueteo y desenvoltura con que imita á las hijas del Betis; si no fuese ya tan querida del público la apreciable actriz, convertida esta noche en lindísimo *Diabolo*, las *Diabluosas*

que ha hecho en la funcion de su beneficio la hubieran conquistado un puesto eminente. Aconsejamos á nuestros lectores que no pierdan la ocasion de ver lo que es un diablo cuando se enamora, ya que amantes endiablados habrán visto, y mucho nos equivocamos si no les viene el deseo de averiguar si todos los diablos son como el del baile para reconciliarse con ellos.

— La segunda parte del *Pelo de la Dehesa* ó don Froylos en Belchite, comedia nueva puesta en escena en el teatro de la Cruz el lunes último, ha gustado mucho menos que la primera; no obstante el público se divirtió porque está escrita con la gracia y soltura que caracterizan las producciones verdaderamente originales de su apreciable autor.

— El martes próximo es la última representación que dará en el teatro de la Cruz el señor Moriani, cuya contrata concluye el 5 del corriente febrero. Esta funcion es para su beneficio.

— El apreciable actor señor Latorre está contratado para el teatro del Principe, formando parte de la compañía que dirige el señor Romea mayor y en la que se hallan reunidos los principales y mas acreditados artistas. En la Cruz no se sabe si habrá compañías de verso y en el Circo parece que decididamente no la habrá. En este último teatro se preparan dos óperas nuevas, una de ellas para la salida de la señora Gariboldi; tambien se aguardan nuevos artistas contratados para reforzar la compañía lírica.

— En la Cruz se ensaya la *Sonambula* para la salida del señor Puig (Flovio,) no pudiendo verificarse *l'Capuletti* porque continúa indispueta la señora Tosi.

— El martes pasó revista S. M. á caballo, á todas las tropas de la guarnicion; á pesar del mal dia, la concurrencia fué numerosísima.

— El jueves con motivo del cumpleaños de S. A. la infanta hubo un besamanos en palacio y por la noche concierto, en que tomó parte el señor Moriani.

— En la noche del jueves tuvo lugar el primer baile de máscaras de los cuatro que se darán este carnaval en los magníficos salones del Liceo. La empresa se ha esmerado en decorar con elegante sencillez todas las localidades y especialmente el salon principal, que está sumamente vistoso. Llamaban tambien la atención, por su novedad, las mesas en forma de herradura prolongada, que se hallaban dispuestas en las salas del ambigü para servir comidas de precios lijos. La concurrencia fue bastante numerosa, si se ha atendido á que era el primer baile y á que la noche estaba lluviosa.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE P. F. DE P. HELLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo, núm. 11.